

Trampas de Corre, r6cker

SABINO MÉNDEZ RAMOS (Barcelona, 1961) es el compositor de alguno de los temas que forman parte de la banda sonora emocional de cualquier espa1ol de menos de cuarenta a1os. En el a1o 2000 se estren6 como escritor con Corre, r6cker, testimonio de m6sico y palabra de escritor. En las p6ginas que siguen, Sabino reflexiona sobre los trucos y estrategias de su escritura.

Madrid 10 de Marzo de 2001

Algunas ideas pr6cticas

EN LA VIDA, la mayor1a de las cosas resultan imprecisas y sujetas a fluctuaci6n. Las mujeres pasan, los amigos van y vienen, las ideas mudan, el dinero desaparece... S6lo hay una cosa segura: que cada d1a deber1as levantarte y dedicar parte de tus energ1as a conseguir el futuro sustento. M1s vale, por tanto, que te busques un trabajo que te apasione; de esa manera la aparici6n de la fatiga se retrasa y los resultados mejoran.

Eso simplifica hasta cierto punto el asunto pero no lo resuelve. Cuando hay que practicar por obligaci6n nuestras pasiones, 6stas inevitablemente pierden algo de su brillo. Si no fuera as1, las profesionales del amor ser1an seres ser1ficos, din1micos y juguetones. No es ese exactamente el mundo que yo veo. Por tanto, si descubres que te gusta escribir, antes que nada es conveniente buscar en los libros de tus autores favoritos respuestas a las preguntas importantes: 1C6mo lo han hecho? 1C6mo han resuelto su vida civil? 1Qu6 precio han pagado por su trabajo art1stico?

Por ese camino me convert1 en un consumidor de biograf1as como una consolaci6n al miedo que me provocaban mis dudas, mi infantilismo, mi falta de confianza, y mi preocupante imprudencia. Descubr1 entonces que bi6grafos y autobiografiados muchas veces no eran sinceros. No s6 a1n si la sinceridad es un valor literario (aunque tengo ya algunas ideas al respecto), pero en este caso me interesaba la sinceridad por un factor log1stico meramente civil. Es decir, quer1a saber lo que me esperaba si aceptaba la apuesta de la escritura. Tuve que aprender a desconfiar y a leer entre l1neas. Eso rest6 ingenuidad al momento de enfrentarme con la narraci6n de un relato autobiogr1fico.

Por supuesto, un escritor es un humano b1sicamente candoroso pero, dado que a veces intenta insuflar algo de perspicacia a su sistema literario, ser1a deseable que el p6blico no se enfrentara al resultado de su

esfuerzo con la habitual precipitación del lector moderno. No sé si mi sagacidad llegó muy lejos, pero a la luz de las reacciones de ciertos lectores resulta estimulante examinar algunos de los acertijos en cuyo aprendizaje y modelado pasé tan buenos (y malos) ratos.

Trampas de *Corre, rocker*

PRIMERA: El personaje central de la obra es un tipo llamado Sabino Méndez, recipiente de diversos yoes a lo largo del tiempo que, sin embargo, mantiene un tono de voz invariable desde el principio del texto. La elección del tono de voz de ese narrador displicente es deliberada y tiene unos claros fines utilitarios. Permite mirar de una manera paternalista a esas ediciones de sí mismo y le autoriza narrativamente para aplicar la misma mirada a los demás. Es una voz demasiado potente en matices, pasiones, vicios y meditaciones vivamente pintadas como para confundirlo con la mera persona cotidiana del autor. Recomendable, pues, distinguir al individuo del contribuyente; a éste del autor; al autor del narrador y a éste del personaje último. El autor juega en su propio estadio (el terreno de la autobiografía) y conoce los accidentes de la cancha. Lectores ávidos de documentos de interés humano (ese pleonasma), controlemos nuestros ímpetus.

Lo digo porque en la presentación de Valencia se me acerca un entusiasta futuro historiador y alaba el libro como testimonio de una época, como fuente de materiales para los estudiosos. Error. El libro es historia, con minúscula si se quiere, pero por el simple hecho de componerlo (sus elecciones sintácticas, sus juegos de tono, las deladoras preocupaciones del narrador) se convierte ya en historia de un individuo de nuestro tiempo.

SEGUNDA: Razonamientos como el que abre el apartado anterior nos llevan a veces a descalificar precipitadamente a este tipo de protagonistas. Atención, estamos jugando ahora en campo contrario. Es el terreno del crítico racionalista. Cuando nos vestimos sus ropajes aparentamos menos ingenuidad pero resultamos de una gran

candidez en muchos casos. El descubrimiento de los defectos del artificio narrativo hace que, de una manera infantil, tendamos a privarlo de su valor. De nuevo, error. El defecto es propio de cualquier artefacto (no hay sistema universal de grifería que no gotee) y la escritura es, al fin y al cabo, el arbitraje de un tipo u otro de artificio. Si llevamos nuestro racionalismo a un extremo de inflexibilidad que linda con la insensatez, podemos negarle los méritos a este tipo de voces a causa de sus defectos. Pero lo único que hay que pedirle al protagonista de una narración es *vitalidad*. Otra cosa es lo que hay que exigirle a la obra. El protagonista, aún cuando se cobije bajo un nombre real, si cobra vida en nuestro cerebro, si *camina* (cómo decimos los músicos a propósito de las canciones) para mí, cumple su objetivo.

TERCERA: Volvamos al tema del documento. Me niego a añadir el sintagma *de interés humano* mientras las iguanas y los organismos invertebrados no demuestren ninguna inquietud por la prosa notarial.

El documento existe. Se halla en las elecciones de adjetivos, en las aficiones sintácticas, en lo que se elude, en lo que se ilumina y en los lugares donde el escritor se contradice. Lo que ama y lo que odia, lo que le enorgullece y lo que le avergüenza hablan de su propia época. También lo hace el modo de expresar esas conductas. Si el lector bondadoso (alguien sensato que lee con diccionario y lápiz cerca) se acostumbra a fijarse tanto en el tono como en el pulso narrativo, como en los secretos de la detención, aceleración y elipsis del tiempo, el documento aparecerá con un carácter mucho más valioso que las declaraciones de principios convencionales o los sentimientos de segunda mano.

Cuando, como lectores, somos incapaces de captar ese razonamiento en toda su amplitud, debemos volver a la casilla inicial del juego y empezar otra vez con el diccionario y las memorias de Espartaco Santoni. Ese es el caso de uno de los indignados retratados que llegó a plantearse enviar una pandilla de motoristas a acariciarme. Supongo que pensó que con amenazas puede cambiarse el curso de la historia. Más tarde, le mostró a un

amigo com6n la direcci6n del trabajo de mi mujer (embarazada de tres meses) a6nadiendo que *me andara con cuidado*. Del ostrogodo que practic6 tan poco serias conductas s6lo cabe a6nadir que entra en las categor6as de lector uno y tres y me complazco pensando c6mo consultar6 el diccionario para saber qu6 cosa le he llamado.

En el apartado dos se encontrar6a una buena parte de los lectores que han enfocado el libro desde la cr6tica literaria y moral. Desde ese punto de vista han intentado acercarse a la obra incluso algunos redactores de revistas musicales. Con una candidez literaria de dimensiones enormes, han cre6do que la proximidad del tema les permit6a hacerlo, sin reflexionar sobre si pose6an la preparaci6n necesaria en ambos campos. El resultado era hilarante. No sab6an distinguir el discurso oral del escrito y confund6an autor, narrador y personaje (de nuevo apartado uno) para acabar delatando que lo 6nico que en realidad les interesaba del texto eran las informaciones sobre sexo y droga, temas sobre los cuales mostraban, por cierto, una lamentable falta de informaci6n. Tambi6n expresaban escr6pulos decorosos algunos tipos que est6n vendiendo publicidad a cambio de rese6as. A esta clase de fariseos, cabe recordarles que el decoro es un asunto social y no estrictamente literario. Si esos son los temas que les preocupan que se especialicen en protocolo o estudien para mayordomos, pero, en cualquier caso, es preferible que abandonen el campo de la escritura.

Y ya que de temas morales estamos hablando, vamos a por la cuarta trampa. La peor de todas. La que uno se hace a s6 mismo.

CUARTA: Los motivos secretos que mueven el esp6ritu humano son muy dif6ciles de detectar incluso en uno mismo. El decoro sigue siendo nuestro peor enemigo. Los antropoides lo que queremos es tranquilidad y autojustificaci6n. Mal decorado para la b6squeda de nuestras verdades 6ntimas. Tantos como insultos, he recibido mensajes estupendos, sensatos y cari6osos de gente que disfrut6 con mi relato. Alaban mi valor para

despanzurrarme en p6blico. Brindo por su bal6n de ox6geno, pero les insto a desconfiar como yo desconf6o de m6 mismo. De acuerdo, hice un esfuerzo en ese sentido, pero propongo que fundemos el club de la autoadhesi6n incompleta. Creo, por ejemplo, que consegu6 un buen trabajo con la sentimentalidad (tan injustamente tratada 6ltimamente) pero no tan bueno con la envidia inconfesada. A6n soy joven y envidio a gente, a veces de una manera sana y otras inhumanamente. Puesto que aspiro a envejecer con cierta tranquilidad, creo hallarme en el buen camino de aceptar mis limitaciones como manera adecuada para desembarazarme de esos inoperantes armatostes verdes. En mi almac6n an6mico quedan muchos trastos inservibles, pero la obra ten6a un l6mite de p6ginas.

Como vemos, era m6s f6cil hablar de las trampas anteriores que se refer6an a la forma, que de esta 6ltima que ata6e al contenido. Pero trabajar con la forma es la 6nica manera de llegar al contenido. Si ya es dif6cil detectar los movimientos del alma propia, a continuaci6n nos castiga la dificultad de expresarlos en letra sin caer ni en el dramatismo ni en la timidez. Uno aspira, en el fondo, a que esa absurda tarea de componer acertijos le delate; de tal manera que el lector, viendo su arquitectura, pueda comprenderle mejor de lo que uno se comprende a s6 mismo.

Siglo 21

He puesto una fecha en lo alto de este texto. Son unos signos, unos simples trazos de tinta. No la ense6an en ninguna escuela, pero es historia. Aut6ntica historia del mundo y el tiempo de los humanos. No somos mejores que ninguno de los que vamos a retratar. Eso es lo primero que hay que entender. Nos juzgamos a nosotros mismos como especie, como mecanismo biol6gico creativo y destructor. Es cuanto hay. Pero ser6a hermoso, oh, ser6a tan bello que el juicio fuera contundente, demoledor, tr6mulo y humano.